

TORQUEMADA Y LA LIBERTAD DE LA ESCRITURA

Lina Rodríguez Cacho
Universidad de Salamanca

...de Torquemada dejó de ser ese "atorgano secreto" que los bajos duques de esta tierra'. Y hace ya mucho tiempo también que comencé a preguntarme cómo sería exactamente Astorga como escritor, el tiempo que devoraba libros en la biblioteca de su tío, decidí recurrir a un paisano Agustín de Paz para que le imprimiera su primera obra literaria. Sin duda, el manuscrito de sus *Coloquios satíricos* le era demasiado cuando como para no confíárselo a cualquiera, dado además el temor que solían infundir a los autores las erratas y los deseos de copia. Una razón suficiente para explicar que Torquemada prefiriera viajar hasta Mondofedo, la ciudad adonde Paz había trasladado su imprenta, y de la que saldría al fin la obra en 1553, probablemente con una cuidadosa supervisión de su parte¹. Imaginar cómo serían ambos encuentros en esa época es imaginar lo que para mí es el comienzo de un dramático e injusto encuentro. El del escritor que no solo no llegó a conocer el éxito (sus posteriores las once ediciones del *Jardín de flores carlasas*, sus muchas traducciones a diversas lenguas, y la segunda edición bilbaína de sus *Coloquios*), sino que además padeció en propia carne la traición de un librero, y con ello el que sería su mayor disgusto como creador: el robo del manuscrito de su *Quiétopo de Lacta*.

¹ Hace veinte años A. Cano Colada se lamentaba, por ejemplo, de que no se le hubiera incluido en la *Historia de Astorga* de Matías Padrija. "A. de Torquemada, un humanista astorgano", en *Astorga*, 1 (1982) p. 41. De su origen noreste, se bien puede ver desde una distancia temporal, que hace época las noticias que el autor pudo recibir en su famoso *Jardín de flores carlasas*, en su trayectoria constante a través de zonas de gran riqueza literaria.

² Parece claro que la edición por Astorga de Torquemada y Aguado de Paz data de los tiempos en que este tuvo contacto en Astorga y antes se relacionó con el alto clero de la ciudad, que le permitió el control de su negocio. Un obispo de Astorga sería el destinatario de la dedicación del *Jardín*, y otras obras fueron enviadas directamente a Paz para imprimirse también allí, como es Mondofedo. Pero en este momento mismo, cuando se le dio la noticia de haberse ido a vivir a la ciudad de Mondofedo, se le dio la noticia de la justicia de haberse ido a vivir a la ciudad de Mondofedo y a la justicia de haberse ido a vivir a la ciudad de Mondofedo. "La imprenta en Astorga", en *Boletín de la Real Academia Gallega*, 29, abril (1942) y A. López, *La imprenta en Galicia*, Siglo XV-XVIII, Madrid, Imp. De la Real Academia Gallega, 1911.

Afortunadamente, hace tiempo que Antonio de Torquemada dejó de ser ese "astorgano secreto" que no solía incluirse entre los hijos ilustres de esta tierra¹. Y hace ya mucho tiempo también que comencé a preguntarme cómo sería exactamente Astorga hacia 1552, cuando nuestro escritor, al tiempo que devoraba libros en la biblioteca del conde a quien servía, decidió recurrir a su paisano Agustín de Paz para que le imprimiera su primera obra literaria. Sin duda, el manuscrito de sus *Coloquios satíricos* le era demasiado querido como para no confiárselo a cualquiera, dado además el temor que solían infundir a los autores las erratas y los descuidos de copia. Una razón suficiente para explicar que Torquemada prefiriera viajar hasta Mondoñedo, la ciudad adonde Paz había trasladado su imprenta, y de la que saldría al fin la obra en 1553, probablemente con una cuidadosa supervisión de su parte². Imaginar cómo serían ambas ciudades en esa época es imaginar lo que para mí es el comienzo de un dramático e injusto infortunio. El del escritor que no sólo no llegó a conocer el éxito (son póstumas las once ediciones del *Jardín de flores curiosas*, sus muchas traducciones a diversas lenguas, y la segunda edición bilbaína de sus *Coloquios*), sino que además padeció en propia carne la traición de un librero, y con ello el que sería su mayor disgusto como creador: el robo del manuscrito de su *Olivante de Laura*,

¹ Hace veinte años A. Carro Celada se lamentaba, por ejemplo, de que no se le hubiera incluido en la *Historia de Astorga* de Matías Rodríguez. "A. de Torquemada, un humanista astorgano", en *Astorica*, 1 (1983), p. 81. De su origen leonés, si bien nunca certificado por documentos notariales, dan buena cuenta las noticias que el autor gusta relatar en su famoso *Jardín de flores curiosas*, en su mayoría recuerdos o experiencias vitales de gran interés histórico.

² Parece claro que la amistad entre Antonio de Torquemada y Agustín de Paz data de los tiempos en que éste tuvo imprenta en Astorga y ambos se relacionaron con el alto clero de la ciudad, que regentaba el control de tal negocio: un obispo de Astorga será el destinatario de la dedicatoria del *Jardín*, y otros obispos fueron quienes contrataron a Paz para imprimir misales tanto allí como en Mondoñedo. Pero en este último caso, ciertos reclamos de la Justicia acabarían por llevar a la cárcel a este impresor "de vida bohemia y accidentada". Cf. E. Carré Aldao, "Impresores gallegos. Agustín de Paz", *Boletín de la Real Academia Gallega*, 59, abril (1912); y A. López, *La imprenta en Galicia*. Siglos XV-XVIII, Madrid, Imp. De Silverio Aguirre, 1953.

el libro de caballerías que llegó a ser placentera lectura de Don Quijote, y cuya autoría todavía tendrían que defender judicialmente los dos hijos de Torquemada bastantes años después de su muerte³.

Todo esto me permite ya esbozar el argumento de lo que a mi juicio es una espléndida novela por escribir. Una novela sobre un asunto universal que siempre tendrá vigencia: el del talante del escritor condenado por su empleo cotidiano a ganarse la vida usando su magnífica pluma para fines prosaicos. Visto así, Antonio de Torquemada entraría dentro de una interesante lista de autores que durante un tiempo pusieron su escritura al servicio de algo en lo que no creían demasiado. Ha pasado entre los grandes: desde Fernando Pessoa a Eliott o Wallace Stevens, pasando por Kafka y Kavafis, o el más cercano Mario Benedetti, que escribe unos "Poemas de la oficina" desde su experiencia como contable; todos ellos oficinistas del siglo XX que fueron los escribanos de la época que le tocó vivir a Torquemada. Lo decía sabiamente el profesor Lerner en estas mismas sesiones: "Lo primero que hay que saber de un autor es desde dónde escribe". Sólo a partir de ahí, cuando a un escritor se le lee entre líneas, poniendo en diálogo toda su obra para ver la relación entre sus títulos, es posible comprender lo que quiso ser desde lo que le dejaron ser. O al menos lo que quiso parecer ser ...

Titular mi comunicación "La libertad de la escritura" significa volver con otros ojos sobre lo que fue mi primer acercamiento emocional a Torquemada : el que me vino cuando lo descubrí insatisfecho, e incluso frustrado, como secretario de aquel sexto Conde de Benavente al que le dedicó al menos veinte años de su vida. Cuando me atreví a buscarlo entre las líneas de su *Manual de escribientes* según el interesantísimo manuscrito que conserva la Real Academia de la Historia. Un tratado que escribió aparentemente para enseñar a redactar todo tipo de documentos administrativos a los neófitos del oficio, pero en el que late de continuo la queja de quien se siente obligado a escribir al dictado cartas en el tono de conveniencia, y sin derecho además a decir aquello de "...preferiría no hacerlo" del Bartleby, el escribiente, de Melville...⁴ No se trataba de una queja por falta de consideración intelectual, pues no en vano había sido nombrado preceptor del primogénito de la familia Pimentel, sino del lamento de quien no

³ Lo he probado en el artículo "Don Olivante de Laura como lectura cervantina : dos datos inéditos", en *Actas del Segundo Coloquio Internacional de cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 515-525. Los problemas inquisitoriales de sus obras, en cambio, son más tardíos : el Jardín sólo se incluye en el *Índice* de Zapata de 1632, y los *Coloquios*, en la edición bilbaína de 1584, figuran entre los libros sospechosos de la Inquisición de Granada en 1634.

⁴ Reseño brevemente las conclusiones desarrolladas en "La frustración del humanista escribiente en el siglo XVI : el caso de Torquemada" *Criticón*, 44 (1988) pp. 61-73.

tiene libertad para ejercitar su “voluntad de estilo”; de quien tiene cortadas las alas para volar a sus anchas en un arte que domina. Está claro que esa prosa de las “provisiones ordinarias y extraordinarias”, cédulas, concesiones de privilegios, etc., para la que sabía dar las más oportunas indicaciones, no debía de ser la que más le gustara cultivar a un hombre de tan amplia cultura como la de Torquemada. Y esto aunque el *Manual de escribientes*, con reglas de ortografía incluidas, y un gran afán compilatorio de consejos prácticos y ejemplos, tuviera una utilidad indiscutible para todo el que aspirara a conseguir empleo como secretario⁵. El problema que una y otra vez asoma al diálogo es el de la imposición de la extrema llaneza por parte de los señores, que no saben valorar las dotes retóricas ni el estilo de las cartas literarias _ como las de Guevara o Erasmo, a los que cita como modelos _, porque no tienen sensibilidad para ello. Crítica que le lleva añorar las cortes donde hasta los reyes y príncipes se preciaban de saber componer poesía:

ANTONIO. _ Digo que el día de oy, todos los señores que tienen secretarios son amigos de la brevedad que he dicho, y también de un estilo llano y humilde en escrevir, [...] los más dellos, o casi todos, no quieren que las cartas levanten los pies del suelo.

JOSEPH. _ ¿Qué causa dan para eso?

ANTONIO. _ Ellos no dan ninguna, y si los apretásedes dirían que no hay necesidad de retóricas ni filosofías, pero la verdadera causa es que, como pocos o ninguno dellos las entienden, no quieren usarlas ni escrevir las, ni que sus secretarios las usen...

[...]

Es muy diferente de lo que agora se usa y trata en nuestra lengua castellana, porque en muchas cosas vamos por muy diferentes vías, a lo menos los que servimos a señores, y pretendemos servirles en este oficio de secretarios, **porque nos falta la livrtad de poder decir lo que queremos y escrevir lo que nos parece conforme a la materia que tratamos, y seguimos su voluntad escribiendo lo que ellos quieren y conforme a su parecer**, el cual, por la mayor parte, es bien diferente del que los secretarios tendrían, o de lo que escrevirían si las cartas fueran suyas propias. (fols. 82-83)

Los secretarios de los señores **no tienen tanta livrtad para poder hazer esto porque el lenguaje que se usa en su oficio es muy diferente [...]** digo que los que presumen escrevir alguna carta con eloqüencia, con buena retórica y con estilo subido, que los señores el día de oy no quieren sino sí por sí y no por no, y todo lo demás les parece vano y superfluo... pero una cosa puedo yo haceros cierta, y es que no se siente pequeño trabajo en que poniéndose delante alguna razón curiosa o alguna oración bien ordenada, y podiéndola decir y escrevir con facilidad, aya de andar a buscar razones tan llanas, secas y tan sin çumo que apenas dexan gustarse... (fols. 92v.-93r.)⁶

⁵ “Comiença el tratado llamado Manual de escribientes en el qual se hallarán muchas cosas y avisos provechosos [...] y principalmente para los que pretendieren servir a príncipes y señores en el oficio de secretarios...”

⁶ A pesar de haber reeditado yo misma el texto, sigo citando por la cuidada edición paleográfica que hicieron M.J. Canellada y A. Zamora Vicente, Madrid, Anejos de la R.A.E, 1970, pp. 172- 186.

Sabido es que ese sentimiento de infravaloración de la propia elocuencia no fue caso aislado en época de Torquemada. Se explica dentro de un contexto general que ha sido muy bien estudiado: el de la “moda” de despreciar la buena escritura por parte de los nobles, asunto que motivó repetidas críticas entre los humanistas, al menos desde Luis Vives⁷. Pero se trataba de algo mucho más profundo, pues el desprecio de la Retórica y la preferencia de la brevedad se habían convertido, en ciertos sectores, en signo de modernidad, y así también en un gusto contrario al ideal humanista, que es lo que verdaderamente denuncia Torquemada⁸. Lo llamativo en él es que insiste tan apasionadamente en este punto, que se diría que habla de continuo por una herida propia que marca toda su existencia en ese momento. Él, que era tan ávido lector en la espléndida biblioteca que llegaron a reunir los Pimenteles _principal privilegio que disfrutaban quienes servían en casas nobles_, y que había llegado a equiparar las condiciones del perfecto secretario a las del perfecto humanista, siguiendo su propio afán de superación, no tiene al final reparo en denunciar sin eufemismos la esclavitud a que se siente sometido :

que ni los señores lo avrían de mandar ni querer, ni los secretarios abatir sus yngenios y habilidades trayéndolas rastreando por el suelo. Y como aprovecha poco lamentarse, los que tubieren alguna suficiencia, pues no se ha de remediar, o no sirvamos en los oficios o pasémoslo con paciencia, **que, en fin, como esclavos tenemos vendidas y pérdidas nuestras voluntades** y estamos obligados a seguir las agenas, porque de otra manera seremos juzgados, y aun reprehendidos⁹

Una denuncia suficientemente tajante como para dudar de las auténticas pretensiones de Torquemada, que nunca conoceremos con certeza. El hecho es que poca simpatía debieron de despertar en el Conde de Benavente tales afirmaciones, cuando nunca llegó a ser el valedor de la publicación del *Manual de escribientes*, como hubiera sido de esperar, lo que hizo que el manuscrito

⁷ Al inicio la crítica se centró sólo en el descuido de la caligrafía. Cf. Felipe Mateu : “Decadencia de la escritura en el siglo XVI. El testimonio de Juan Luis Vives”, RFE, XXIX (1945), pp. 97-120. “ Ha venido la cosa a tales extremos que aun es señal de nobleza de linaje no saber escribir su nombre” , diría Juan de Mal Lara en su Filosofía vulgar. Y Juan Costa en *El regidor y el ciudadano*, impreso en Salamanca, en 1578, fol 60 v.: “... y que hallaréis por essas ciudades caballeros que si se firman al pie de una carta, havéis menester un comento o intérprete que os declare su letra, y si les preguntáis por qué no se recogen tres o quatro meses para escribir bien, pues gastan en juegos, festeos (y aun oxalá no en cosas peores) sus vidas, responderos han que lo hazen como discretos, por diferenciarse de los hombres baxos y de los escrivanos públicos [...] como si en el escribir mal consistiese la caballería y señorío.” De ahí que Torquemada haga decir a Joseph : “Según eso, no le falta razón a un perlado extranjero que dezía que los más de los señores españoles eran bárbaros en el escrevir.” (fol. 11 v.).

⁸ “ Desde el siglo XV circula por Europa, penetra en España y se convierte en un tópico de nuestra literatura el proverbio de que es la brevedad una cualidad del estilo preferido de los modernos”. J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*. Siglos XV al XVII, Madrid, Revista de Occidente, 1972, vol. II, p. 158. Cf. Jacques Lafaye : “Del secretario al formulario : decadencia del ideal humanista en España (1550-1630)”, en L. Schwartz e I. Lerner, eds., *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Madrid, Castalia, 1984, pp. 247-260.

⁹ Fols. 99v.-100r. Ed. cit, p. 196.

nunca pasara a letra impresa. Lo que sorprende más aún dada la gran demanda de público que empezó a tener precisamente entonces, hacia 1552, ese género de libros relacionados con las *artes dictaminis*¹⁰. Más allá de todo lo que cabe elucubrar en torno a los efectos que debió de causar esa actitud levantisca del autor, es también un hecho que en la siguiente obra Torquemada hizo mejor uso de la *captatio benevolentiae*. Pues en la dedicatoria de los *Coloquios satíricos* al pequeño Don Alonso Pimentel surtió efecto su modo de declarar la finalidad pedagógica y ética del libro :

La combersación, Vuestra Excelencia la tiene tal en sus ilustrísimos padres que todo el mundo con muy justa razón los puede tener ante sus ojos por perfectísimo dechado de virtudes. Y por que el tiempo que Vuestra Excelencia se hallare [en] ociosidad délla, en ninguna cosa puede mejor emplearlo que en leer los libros que ay escritos, de adonde se pueden sacar buenos enxemplos y doctrina, los quales, aprendidos en la edad de siete años que Vuestra Excelencia tiene, hazen rayzes en el alma para todo el tiempo de la vida, tomé yo atrevimiento para poner en sus manos estos colloquios en que se reprehenden algunos vicios, y se da a entender el daño que se sigue dellos, para que, si alguna vez vinieren disfrazados, puedan mejor conocerse y sepa Vuestra Excelencia apartarlos de sí y de sus repúblicas, quando nuestro Señor fuere serbido que venga a tener el gobierno dellas¹¹.

En esta ocasión se diría que la cara más cortés e incluso servil del preceptor dio su esperado fruto en la inmediata publicación de la obra, a la que comenzaba haciendo referencia. No otra cosa que la reprensión moral de las costumbres se esperaba del adjetivo “satírico” en 1553; y, por tanto, nada que no fuera ese tipo de literatura útil socialmente que preconizó hasta la saciedad el Humanismo europeo del momento. Sin embargo, en el conjunto de los *Coloquios* no todo sería instrucción y advertencia, tal y como prometía su dedicatoria. (Falaz, por otra parte, si se considera la poca edad del muchacho y los sesudos temas que allí se tratan). Un enorme paso estaba dando en realidad Antonio de Torquemada al integrar como un todo unitario una serie de textos de contenido heterogéneo y sólo unidos por la forma dialogada. Una forma muy en boga que, lejos ya de la tentativa del *Manual*, empezaría a abrirle definitivamente camino a su independencia como autor literario.

¹⁰ Como el caso del *Estilo de escribir cartas* de Juan de Iciar, por ejemplo (Zaragoza, 1552). Cf. Domingo Ynduráin, “Las cartas en prosa”, en *Academia literaria renacentista*, vol V, Salamanca, Universidad, 1988, pp. 53-79. Opinaba allí que el *Manual de escribientes* “es un texto que parece preparado para la imprenta aunque no llegara a editarse”, p. 57, n.7.

¹¹ Cito por mi edición en *Obras Completas*, vol I, Madrid, Turner, 1994, p. 223.

Los *Coloquios satíricos* suponen, en primer lugar, toda una conquista ideológica: la habilidad de hacer la defensa de su propia condición de librepensador desde varios frentes y bajo el amparo de la *imitatio* de textos clásicos. Según esta visión de las cosas, poco habría de casual en los tópicos que recorren los seis primeros, incluso en la sucesión con la que fueron expuestos, por más que el autor pudiera no haber sido muy consciente de ello. Me refiero, fundamentalmente, al tema del servicio y la recompensa que abre el primero de ellos, a la discusión sobre los modos de ganar honra que desarrolla el coloquio VI, y al tema de la autonomía que protagoniza el “Coloquio de la vida pastoril”. Todos ellos eran asuntos sobradamente conocidos por cualquier lector culto, pues se habían convertido en lugares comunes de la prosa humanista; pero, en particular, en el caso del alegato a favor de la libertad frente a la condición servil de quienes viven en la corte. Asunto éste que ha llegado a verse, muy justificadamente, como una actitud ideológica común a muchos autores de diálogos del siglo XVI que se enfrentaron a los códigos de la nobleza¹². El que Torquemada abra su primer coloquio con la máxima de que “la libertad no se vende bien por todo el oro del mundo” (el *Non bene pro toto libertas venditur auro* que diría también Petrarca) no parece algo caprichoso según lo anteriormente expuesto :

LUIS.— Verdaderamente, señor Antonio, aunque la profesión y orden de vida que los hombres toman para sustentarse a los más sea muy áspera y trabajosa, quando los bienes de fortuna no bastan para poder vivir con ellos conforme a la calidad de sus personas, todas me parecen tolerables y que con mayor paciencia se pueden sufrir los trabajos que acarrean, pudiéndose passar sin venir a perder su propia libertad, compelidos y apremiados a venderla por dineros, haziéndose esclavos, y muchas vezes por muy pocos, siendo esta libertad tan sin precio que dize Ovidio della que no se vende bien por todo el oro del mundo.

ANTONIO.— Antigua querella es éssa de todos los que viven con señores; y los más dellos tienen poca razón de agraviarse, porque además de llevarles sus dineros y sustentarse con hacienda agena, ay otras ganancias que obligan a disimular las çoçobras de la falta de libertad, porque se ganan los favores en las necessidades, el socorro en los trabajos, el valor y merecimiento en las personas; que si bien lo considrásays, a muchos tenéys mucho respecto por ser criados de los señores que dezís, que no lo siendo, haríades poco caso dellos.

LUIS.— Es muy gran verdad la que avéys dicho, pero todavía parece gran bien vivir los hombres libres si tienen posibilidad para hazerlo.¹³

Sin embargo, esto llama la atención como arranque de un coloquio que no trata de este tema, sino el del vicio del juego, por más que se nos alcance

¹² Cf. Jacqueline Ferreras, *Los diálogos humanísticos del siglo XVI en lengua castellana*, Murcia, Servicio de Publicaciones, 2003.

¹³ Ed. cit., p. 231.

que Torquemada buscaba la amenidad mediante los dos cuentos que le permitía insertar tal argumento: el de los criados mal recompensados por sus amos¹⁴. Uno de ellos es una adaptación de Boccaccio que resulta pionera respecto a la que harían Timoneda o Santa Cruz en su *Floresta española* años después, y con unos cambios interesantes además en cuanto al tratamiento medieval del tema de la Fortuna¹⁵. Un asunto éste de vital importancia, a mi juicio, en la filosofía de nuestro autor, al que hasta ahora no se le ha prestado suficiente atención. Baste como simple apunte que Torquemada vuelve sobre los conceptos de 'fortuna', 'hado' y 'ventura' en el más filosófico de los tratados de su *Jardín de flores curiosas*¹⁶; y que es muy reconocible en él la influencia del libro de Boccaccio titulado *Caída de príncipes*, conservado entre la relación de títulos de la citada biblioteca del Conde de Benavente. Baste, sin más, revelar el paralelismo entre este cuento de "Ruggiero el de la mala estrella" y lo que el personaje de Antonio decía de sí mismo al comienzo del *Manual de escribientes*, después de que Luis asegure que la falta de buenos secretarios depende de lo mal pagados que están:

Así es verdad en casa de muchos señores, pero no de todos, porque algunos tienen mejor conocimiento. Y por mí alguna razón podría tener para agraviarme, **pero quiero poner la culpa a mi poca ventura y no a la suerte que me cupo**, pues no pudiera escogerla mejor si me sucediera tan bien en los fines como fue bien guiado en los principios... [...] pero yo ya estoy fuera de ese cuidado porque veo **que me aprovecha poco pensar en pasar más adelante, pues tantos años de servicio no me han aprovechado para ello**. (fol. 7)

El otro relato es graciosa versión de una anécdota histórica del rey Filipo de Macedonia que también contaba con fuentes medievales (*Castigos e documentos del rey Don Sancho*, etc.), y que seguramente Torquemada leyó en la Silva de Mejía, aunque debió de ser muy conocida, pues la repiten varios autores de diálogos como Cristóbal de Villalón en *El Scholástico*. Precisamente la relación con este otro humanista castellano resulta especialmente elocuente para lo que venimos insinuando, ya que ambos trataron con cierta insistencia el tema de las relaciones entre señores y criados mientras su propio trabajo estaba inmerso en tal situación, sirviendo de secretarios a nobles más o menos por los mismos años¹⁷. Al igual que Torquemada se amparará en la autoridad

¹⁴ Tema éste, por otra parte, no privativo de la literatura satírica sino también del teatro desde las primeras décadas del XVI, al menos desde las comedias de Torres Naharro como la *Tinlería*, donde es patente la añoranza de un concepto de nobleza basado en la liberalidad del señor para con sus servidores.

¹⁵ Lo analicé en el artículo "El servicio y la recompensa, tópico del diálogo renacentista", *Mélanges de la Casa de Velásquez*, XXV (1989), pp. 481-500.

¹⁶ "Tractado quarto en que se contiene qué cosa sea fortuna, ventura, dicha y felicidad, y en qué difiera caso de fortuna. Qué cosa es hado, y cómo influyen los cuerpos celestiales, y si son causa de algunos daños que vienen en el mundo con algunas otras cosas y curiosidades".

¹⁷ Cristóbal de Villalón terminó en pleitos con los Condes de Lemos por problemas de impago de su salario

de Ovidio, Villalón parecía servirse del *De curialum miseris* de Enea Silvio Piccolomini, y más claramente del “De los que viven a sueldo de Luciano”, cuando expone satíricamente el tema en el canto XIX de *El Crotalón*¹⁸. Y lo que parece ponerse de manifiesto en ambos casos, es que una insatisfacción personal se liberaba de alguna manera mediante la imitación literaria. Y esto al margen de interpretaciones políticas más amplias que resultan casi siempre resbaladizas, en mi opinión, cuando se trata de textos del Siglo de Oro.

Del mismo modo cabe reflexionar ante el debate que Torquemada reserva para la tercera parte de su “Coloquio de la honra”: el de si la honra adquirida por méritos propios puede ser más valiosa que la heredada por sangre. Pues detrás de esa antigua polémica, ya presente en la literatura latina, vuelve a no ser casual que Antonio (*alter ego* del autor) se identifique con la voz de Cicerón, quien había tenido que defender su causa ante Salustio, exactamente igual que Torquemada quería hacerlo ante el heredero de la saga de los Pimentel¹⁹. Hay que notar, además, cómo hasta llegar a esa argumentación, nuestro autor se ha ido allanando el terreno con una crítica no sólo al malentendido concepto de honra, repetido por tantos humanistas, sino respecto al poder del dinero. Y esto en párrafos que se dirían eco de la prosa del *Lazarillo*, de no ser anteriores a la genial novela :

¡Oh, cuántos ay en el mundo que estando pobres no eran para ser mas estimados que el más vil hombre del mundo, y después que bien o mal se veen ricos, tienen un archiduque en el cuerpo, no sólomente para querer ser bien tratados sino para querer tratar y estimar en poco a los que por la virtud tienen mayor merecimiento que ellos! Si vemos a un hombre pobre, tratámosle con palabras pobres y desnudas de favor y auctoridad; si después la fortuna le ayuda a ser rico, luego le acatamos y reverenciamos como a superior. No miramos a las personas ni a la virtud que tienen sino a la hacienda que poseen.²⁰

Tampoco casual es, desde esta visión de las cosas, la defensa de la libertad que hace el pastor Amintas en el “Coloquio de la vida pastoril”, cuando justifica ante dos cortesanos, y con razones de clara inspiración estoica, la elección irrevocable que ha hecho en favor de su independencia moral :“...*En esso cada*

después de estar a su servicio entre 1532 y 1534. Cf. Asunción Rallo, ed. de *El Crotalón*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 22-23.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 416 y 421.

¹⁹ “... Salustio alegava ser Tulio nacido de vaxa y oscura gente, y de padres humildes y de poco valor, y que por esto avía de ser menospreciado. Tulio contradecía diciendo que la virtud de sus obras le avían traído al estado que tenía, y que por esto era dino de mayor honrra que los que la avían eredado de sus pasados.” Ed. cit., p. 386.

²⁰ *Ibid.*, p. 368. ¿Acaso no le da esto derecho a Torquemada a entrar en esa quimérica (y a veces disparatada) lista de probables autores del *Lazarillo de Tormes*?

uno haze lo que Dios le da de gracia, que yo por agora no quiero perder la libertad, sino hazer con ella lo que pudiere, para que Dios sea servido...”²¹. Una propuesta idealista en todo momento la del pastor con el que se identifica el autor, y que es plenamente acorde con las propuestas de los restantes coloquios; pues todos son utópicos en su modo de apuntar soluciones para resolver los vicios y desórdenes de la corrupta vida cortesana, frente a la pureza de costumbres de la vida de aldea²². El “vivir conforme a naturaleza” y el elogio de la simplicidad frente al artificio, ideas ambas tan queridas por el humanismo europeo, se expresan ya por boca de este personaje, pero luego lo harán repetidamente por boca de alguno de los interlocutores del *Jardín*, en pasajes que se dirían glosas a estos *Coloquios*²³. De modo que la libertad ideológica que Torquemada empezó a ejercer en sus *Coloquios satíricos*, podría tal vez enunciarse, en definitiva, como la libertad de expresar la utopía:

Sentimos muy poco los grandes fríos y los grandes calores porque ya el cuerpo está curtido y acostumbrado a sufrirlos y passarlos sin trabajo, de manera que no nos espantan las nieves ni las eladas, porque, quando algo nos fatiga, eslavón y pedernal traemos en los çurriones, y la leña siempre está cerca. Y quando haze muy grandes calores y siestas, nunca falta una cueva o choça o la sombra de algún árbol que nos defiende de la fuerça del sol, y en el campo pocas vezes falta algún viento fresco con que mejor puede passarse. Y assí muy contentos y regozijados, quando algunos pastores nos juntamos en uno, tañendo nuestras gaytas y chirumbelas y rabeles, nos holgamos y passamos el tiempo muy regozijados, dando saltos y haziendo bayles y danças y otros muchos juegos de plazer. Y quando yo quedo solo, de día ando con grande atención mirando mi ganado y procurándole buenos pastos para la noche, en la qual sin ningún sobresalto me echo y duermo, como dizen, a sueño suelto. Y si despierto antes del día, limpiando mis ojos los levanto al cielo, y, mirando aquellas lavores con que los planetas y estrellas lo pintan, estoy contemplando muchas cosas, principalmente en Dios que los hizo, y después en la gloria que en ellos se espera.²⁴

²¹ *Ibid.*, p. 311.

²² Ya L. Romero Tobar entendió que la dicotomía corte/aldea estaba en la base del reparto de estos coloquios, en su artículo “Antonio de Torquemada, el humanista vulgar de los *Coloquios satíricos*”, *Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje a Francisco Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, 1984, pp. 395-409.

²³ Así, por ejemplo, la extensísima cita de Johannes Bohemus que se recoge en el tratado I del *Jardín*, narrando la historia de Jambolo en la isla de los pigmeos, que se describe como especie de paraíso, por su modo de vida ejemplar (comen sin condimentos, no tienen ambición de honra, etc.): “...Aquellas cañas de que cogen los frutos crescen y decrecen con la luna. Jambolo y su compañero estuvieron siete años en esta isla y al fin dellos, los echaron della por fuerça, como a hombres que no vivían conforme a sus costumbres y simplicidades virtuosas. [...] Esto es lo mesmo que Joan Bohemio escribe, sin aver añadido ni quitado ninguna cosa”. *Jardín*, ed. cit., p. 556. Torquemada lo cita “como Joan Bohemio Teutónico, en el libro que intituló *De las costumbres y ritos de todas las gentes*”, y pudo haberlo leído en la traducción que hiciera F. Thamara (Amberes, 1556) a partir del *Omnium gentium mores* original, pues fue muy difundida.

²⁴ Ed. cit., p. 310.

Pero lo más interesante es que será también en esa primera obra donde Torquemada empiece a dar rienda suelta a su imaginación, despegándose cada vez más de esa finalidad educativa que confesaba moverle en un principio, y en lo que será un camino sin retorno hacia la liberación de su literatura. Me refiero a su voluntad de hacer ficción por el placer de la ficción misma, y no ya para ponerla al servicio de lo instructivo. Algo que tiene su primer logro, a mi entender, en el magnífico *Coloquio pastoril* que quiso unir a la serie "satírica", y que debe ser reconocido como el texto pionero de un género que habría de tener gran éxito en España²⁵. Fue allí donde se permitió fundir sus lecturas de ficciones sentimentales con las pastoriles, siempre con el modelo de lo que habían hecho autores italianos que él considera "muy graves", y que son además los que él mismo cita en su defensa: Virgilio, Ovidio, Enea Silvio y Petrarca²⁶. Lo cual le lleva, entre otras cosas, a probar su talante como poeta en versos muy del gusto renacentista. Así por ejemplo, junto al eco del folclore popular en algunos de ellos, los cultos tercetos encadenados de esta epístola del pastor Torcato a su amada Belisia :

Mi mano está temblando, ánima mía,
 Mi lengua se enmudece contemplando
 Lo mucho que el dolor decir podría.
 [...]
 Mi poca libertad es mi enemiga,
 Pues quiere que te escriba mis pasiones
 Sin estar yo presente que las diga.

Pero donde mejor demuestra Torquemada haber comprendido las posibilidades imaginativas que proporcionaba la mezcla de elementos sentimentales y pastoriles es en la segunda parte del *Coloquio*, en la que "Cuenta Torcato el sueño" que es producto de la tortura amorosa en la que vive²⁷. En efecto, combinó allí con gran originalidad una serie de imágenes y motivos sacados de diversas fuentes y nunca antes reunidos, para construir una alegoría que alguien podría considerar típicamente "medieval", si no fuera que ese tipo de planteamientos alegóricos resultan, ante todo y en todas las épocas, la máxima expresión de la fantasía onírica. Los enormes grifos, el Castillo de la Crueldad del que salen carros triunfales tirados por unicornios y otros animales entre colores y

²⁵ Así lo reconocen, si bien no resaltando igualmente este mérito, J.B. Avalor-Arce, *La novela pastoril española*, Madrid, Istmo, 1974, y F. López Estrada, *Los libros de pastores en la literatura española*, Madrid, Gredos, 1974.

²⁶ Significativa su autodefensa en el prólogo particular que dedica a "las causas que le movieron a poner este coloquio con los pasados", *ibíd.*, p. 405-406.

²⁷ Lo advirtió ya Lida de Malkiel, al calificarlo de "episodio fantástico más afín a la novela caballeresca y sentimental que a la pastoril", en "La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas", apéndice a H. R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, Madrid, F.C.E., 1956, p. 424.

números simbólicos, las doncellas de nombres abstractos que rodean a la amada, son elementos de un sueño cuyo sentido quiere estar muy claro para el lector desde el principio, sin necesidad de exégesis. Y lo más sorprendente se lo reserva el autor para el final, en una interesantísima adaptación de varios cuentos de Boccaccio, como la historia de Nastagio de los Onesti (*Decamerón*, Jorn. V, nov. VIII), que también Boticelli representó en un tríptico; o el de la vieja leyenda del corazón comido, atribuida originariamente al trovador Ghilhem de Cabestany, y que resuena aquí dentro de una narración autobiográfica que seguía siendo muy del gusto renacentista²⁸ :

Diziendo esto, Belisia se llegó a mí y con sus manos me comenzó a rasgar el capisayo y jubón y camisa que sobre mis pechos tenía, dexándolos descubiertos. Y aunque yo conocía que todo esto era para daño mío, no podía dexar de holgarme en gran manera que Belisia me tocase con sus manos en mis carnes, recibiendo con ello algún descanso. Pero luego la Crueldad, abriendo con su espada mi lado siniestro, comenzó con Belisia a beber la sangre que por la herida salía, y metiendo por ella sus manos, sacaron mi corazón dándome tan áspero y terrible dolor que aún agora en pensarlo me desmayo; y ambas con muy gran ferocidad y agonía davan en él con sus dientes muy grandes bocados como si de ravisosa hambre estuvieran atormentadas. Y después que desta manera lo estuvieron despedaçando, Belisia, holgándose y reyéndose de verme qual estava, comenzó a dezirme...

Al igual que a Cervantes, a Torquemada lo onírico le valdrá también como perfecto recurso para derrochar su desbordante fantasía en el género en el que más estaba permitido hacerlo: los libros de caballerías. Entrar en él era poder practicar todas las licencias máximas de un narrador, incluida la inverosimilitud, en la que consiste tantas veces el arte (como solía decir Alfred Hichtcot), desprendiéndose así del lastre que pesaba sobre los humanistas. Sin embargo, el pretexto del sueño es revelador de cómo procuraron lo "creíble" ambos autores, que además guardan extraordinarias afinidades aun no estudiadas hasta ahora. Por esto no me parece extraña, por ejemplo, la gran similitud que existe entre el episodio de la "Cueva de Montesinos" del *Quijote* y el estupendo prólogo del *Olivante de Laura*, después de contar los muchos elementos coincidentes, que superan con creces los que se dan con libros precedentes como *Las Sergas de Esplandián*:

yendo tan ocupado que de mí mismo no me acordava, caminé hasta la mitad del camino, en el qual un bosque de mucha espessura se hazía, cuyas ramas hiriendo mi gesto despertaron mis ojos y juicio. Y mirando, como quien de grave

²⁸Cf. Charlotte Bourland, "Boccaccio and the *Decameron* in Castilian and Catalan Literature", *Revue Hispanique*, XII, 4 (1905), pp. 1 - 232.

sueño despierta, vi que hazia la parte de poniente la crecida calor del verano, por ser en el mes de junio, una espessa y temerosa nube levantava, con cuya espesura, detenidos los resplandecientes rayos del sol, truxeron más presto la escuridad de la noche de lo que según orden de naturaleza deviera ser venida. [...] me deparó una cueva que detrás del altar de la hermita estava, la qual mi caballo pateando con temor de la muerte avía descubierto, haziendo hundir ciertas piedras con que tapada y encubierta hasta entonces estado avía. [...] Y queriendo volver, sentíme asir de mi mano derecha con otra mano que en el tiento me pareció de viejo de mucha edad, teniendo tan firme que solo un passo adelante mover no pude.”²⁹

Por todo lo argumentado antes, no sería tampoco casual sino muy coherente esta otra originalidad de su prólogo : el que Torquemada mismo se incluya en él, usando para sus propios fines la oposición entre armas y letras, y dejándola como remate final de un texto que pretendía sobre todo su dignificación personal como escritor, según ha sido muy bien estudiado ³⁰.

Si ya allí reivindicaba el derecho – y la dificultad – de hacer buena ficción, aun después de escribir el *Olivante*, le quedaba a Torquemada por explorar otro de los grandes derroteros de la práctica de la inverosimilitud: la libertad de los narradores de prodigios. Algo que, a mi juicio, constituye el auténtico impulso de la escritura del *Jardín de flores curiosas*, por encima de toda la variada instrucción sobre “materias de Humanidad, Philosophía, Teología y Geografía” que él quisiera atribuirle al libro. Cuando se lee su prólogo y se comprende su conciencia de haber compuesto una miscelánea acorde con los gustos de la época _un ordenado ‘jardín’ frente a la anárquica ‘silva’ de Mejía_ , se puede concluir que este título era al fin la respuesta a una de las exigencias prioritarias que más defendió en el hombre de letras. El requisito, la condición que sin duda él poseía con creces: la curiosidad. La que le había movido tanto a viajar por Italia en su juventud, y a contrastar así formas de vida castellanas y foráneas, como a empezar a acumular tempranamente muy variadas lecturas, tal vez desde que fuera estudiante en aulas salmantinas. De modo que como un avance y una justificación de lo que será su *Jardín de flores curiosas* podrían leerse estas declaraciones del *Manual de escribientes*:

La décima también es casi parte necesaria: aver visto los hombres mundo y estar ronpidos por tener noticia de otras naciones y gentes estrañas y de sus costumbres y orden de vida, y de sus torpezas y policías. Y los que no

²⁹ *Historia del invencible caballero Don Olivante de Laura*, ed. de I. Muguruza, Madrid, Turner, 1997, pp. 9-11.

³⁰ “ En definitiva, la primera conclusión que se extrae del prólogo es la de que Torquemada ha querido hacer un alegórico ensalzamiento de su actividad como escritor utilizando de forma sutil el tópico de las armas y las letras... el escritor equivale al caballero.” Cf. I. Muguruza, “Sobre el prólogo de *Don Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada”, en AA. VV., *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. de M.E. Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 127-144.

lo ovieran visto ni lo pudieren andar con su persona, que se den a la lección de la cosmographía, siendo curiosos en entenderla para tener noticia de las cosas del mundo, pues ésta es una de las que más despiertan los ingenios y abibian los entendimientos, y así veréis muchas personas que hablan y escriben de muchas provincias, [...] tan bien y mejor, sin aver estado jamás en ellas, como los que las han visto y rodeado todas, porque tiene tan gran fuerça la curiosidad que con ella vienen a tener entera noticia por oydas o por averlo leído de todo lo que los otros han visto por sus ojos³¹

Torquemada, plenamente acorde con el Cervantes que hará decir a Berganza que “el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos”, se adelanta además en varias décadas a la defensa cervantina de los libros “fabulosos y fingidos” cuando afirma :

ha de ser leído y aver visto muchas cosas y de materias muy diferentes, así en metro como en prosa, y saber muchas fábulas y historias, y tener noticia de hechos estraños y peregrinos de latinos y griegos y otras naciones. Y aunque entre los historiadores griegos y latinos y españoles vean también libros fabulosos y fingidos, si son bien compuestos y de buena eloqüencia, no se pierde nada, porque dellos se pueden sacar buenos dichos y exemplos y otras curiosidades provechosas.”³²

Fue precisamente su infinita curiosidad la que le llevó a interesarse por tierras muy lejanas de las que casi nada se sabía con certeza: América y las Tierras del Septentrión. Ponía con ello una marca propia a su obra más famosa, dotándola de una personalidad muy distinta a la del erudito Pedro Mejía, que nunca se atrevió a narrar prodigios “de oídas” y sin suficiente autorización escrita³³. Porque el astorgano no sólo supo contar con intriga (y con humor a veces) algunas excepcionales anécdotas de la Conquista, o las vivencias de algunos exploradores españoles ante fenómenos geográficos sorprendentes (como la deliciosa ingenuidad con la que reproduce el descubrimiento de un volcán en Santo Domingo), sino que se adentró en el espinoso conflicto que generaban los hallazgos de la nueva cosmografía frente a cuestiones de Fe católica. Todo lo cual es, díganoslo ya, el sello de la modernidad de Torquemada. Y es que hay una conciencia que define especialmente su personalidad, y que está formulada permanentemente en su obra: la convicción de que todo está en permanente cambio en un mundo lleno de diversidad³⁴, y la de que por muchas cosas

³¹ Fol. 12 r., ed. cit, p. 75.

³² *Ibid.*

³³ Estudié esta relación en “Del silencio y la curiosidad sobre América en las misceláneas”, *Edad de Oro* (Revista de la Universidad Autónoma de Madrid), X (1991), pp. 167-186.

³⁴ Lo había dicho claramente en su dedicatoria del libro al Obispo de Astorga : “Es tan poderosa la Naturaleza y tan varia en sus cosas, y el mundo tan grande, que cada día vienen a nuestra noticia muchas novedades, de las cuales V.S.R., como prudentísimo, no se maravillará; y aunque o todas o las más habrá oído y leído, holgará de ver recopiladas aquí algunas de ellas, con otras materias curiosas y peregrinas...”.

asombrosas que se descubran, siempre serán más las que queden por descubrir³⁵. Ese relativismo tan moderno de Torquemada, el mismo que le llevó a pensar que en América tenían que ser aún mucho más sorprendente lo que quedaba por descubrir, “*a juzgar por lo ya descubierto*”, es el que cierra el Jardín de flores con una interesante reflexión sobre el castellano en la que pocos han reparado. Toda una lección antipurista, más interesante aun porque viene justo después de decir que los cosmógrafos modernos son diversos en las nomenclaturas :

y esto cáusalo la variedad que hay en el mundo : que así como cada año se visten los árboles, las plantas y hierbas, y se despojan y tornan otra vez a renovarse, y mueren unos hombres y nacen otros y acaece lo mismo en los animales...así acaece y sucede lo mismo en lo de los nombres de las mismas cosas...¿Queréislo ver? Tomad a los cosmógrafos que más particularmente tratan de España...[...] y tened por cierto que aun en los lenguajes tendrá esta propiedad y fuerza : que aunque ahora nos parezca que se habla en Castilla el más polido y delicado romance que se pueda hablar, los que vendrán después de nosotros algunos años lo hablarán tan diferentemente que lo que se hallare escrito de nuestros tiempos **les parecerá a ellos tan bárbaro como a nosotros nos parece el romance de algunas historias antiguas** que se hallan de España; y entenderéis esto porque de treinta o cuarenta años a esta parte hallaréis muy gran multitud de vocablos mudados e inventados ahora nuevamente, perdiéndose los unos y usándose los otros; y de esta manera cada día se inventan de nuevo, y aunque no sean buenos, el uso hace que bien parezcan, como acaece en todas las otras cosas, que sólo el uso basta y tiene fuerza para hacerlas parecer mal o bien”.³⁶

Pero, dejando lo ideológico, y volviendo sobre el placer que debió de experimentar Torquemada al ejercer la libertad de la inverosimilitud, deberíamos detenernos por último en ese gran mérito del autor que, al enfrentarse a lo maravilloso, se convierte en experto novelista. Él, que supo entender como pocos la fórmula del diálogo para insertar historias, fue también maestro – antes del Cervantes del *Coloquio de los perros* – en el difícil arte de dejar al lector en la continua duda de si debía o no creer lo que contaba. Es decir, en ese placer de la incertidumbre que sólo provoca la página bien escrita. En muchas ocasiones, ese magisterio se muestra en episodios autobiográficos, como el de la casa con duendes de Salamanca, en los que la narración nos mantiene en vilo hasta el final:

³⁵ Decía ya en el “Coloquio de la vida pastoril” : “...Y con esto acuérdaseme de los filósofos y astrólogos que quieren medir los cielos y la grandeza del sol y el tamaño de la luna, la propiedad de cada una de las estrellas, y ríome déillos y del contentamiento que tienen con su ciencia, pareciéndoles tan cierta que no pueden errar en ninguna cosa. Porque a mí me parece que aunque acierten en muchas dellas, es tanto lo que les queda por saber que casi es nada lo que saben, y que mucho de lo que ellos tienen por cierto y averiguado lo devrían tener por dudoso y aun por falso...” Ed. cit., p. 310.

³⁶ Ed. cit., p. 901.

en por descubrir³⁵.
 e le llevó a pensar
 o que quedaba por
 Jardín de flores con
 han reparado. Toda
 o después de decir
 uras :

que así como cada
 an y tornan otra vez
 ece lo mismo en los
 mbres de las mismas
 particularmente tratan
 endrá esta propiedad
 astilla el más polido
 después de nosotros
 se hallare escrito de
nosotros nos parece
 España; y entenderéis
 s muy gran multitud
 diéndose los unos y
 e nuevo, y aunque no
 todas las otras cosas,
 l o bien”.³⁶

blacer que debió de
 militud, deberíamos
 al enfrentarse a lo
 ntender como pocos
 maestro – antes del
 dejar al lector en la
 ir, en ese placer de
 muchas ocasiones,
 no el de la casa con
 ne en vilo hasta el

s filósofos y astrólogos que
 de cada una de las estrellas,
 erta que no pueden errar en
 o lo que les queda por saber
 iguado lo devrían tener por

Y assí, dexados todos los otros cuentos y cosas que dellos se dizen, quiero venir a contaros lo que yo mismo vi siendo niño de diez años y estudiante en Salamanca. Avía en aquella ciudad una muger muy principal, vieja, la qual tenía en su casa quatro o cinco mugeres de servicio, y las dos dellas moças y de muy buenos gestos. Y començose a mover una fama pública en todo el pueblo que en casa de aquella señora andava un trasgo que hazía muchas burlas, y entre otras, era una que de los techos de la casa cayan tantas piedras, que parecía que las llovía, y que esto era tan continuo, que a todos los de casa y aun a los que entravan de fuera les dava muy gran trabajo, aunque las piedras no les hazían mal alguno. Y vino a tratarse este negocio, de manera que un corregidor, que entonces era, quiso averiguar la verdad, y acompañado de más de veynte personas, que supieron a lo que yva, se fue a la casa de aquella muger, y entrando, mandó a un alguacil y a otros quatro hombres que buscassen toda la casa con una hacha encendida, sin dexar rincón ninguno ni sotambano ni cosa donde alguna persona pudiesse estar escondida. Y ellos lo hizieron de manera que no les faltó sino trastornar las tejas; y assí, bolvieron diziendo que no había que buscar, que todo estava seguro...³⁷

Otras muchas veces, en cambio, se trata de historias oídas, a las que su imaginación le saca especial partido, convirtiéndolas en inicio de una *novella* del mejor estilo italiano, con sutiles matizaciones en la presentación de los personajes. Es difícil seleccionar tan sólo dos ejemplos que puedan animar al lector de estas páginas a zambullirse en la lectura del *Jardín* para comprobar por sí mismo estas afirmaciones; pero me satisface poder mostrar mi preferencia por los que considero dos de los mejores episodios narrativos breves de todo el siglo XVI. El primero de ellos figura entre los partos monstruosos que se relatan en el Tratado I, y se da como “relación muy verdadera” de un suceso acaecido en Portugal del que se acordarán aún muchos coetáneos :

Una muger cometió un delito muy grave, por el qual fue condenada en destierro para una isla desabitada de las que comúnmente llaman las Islas de los lagartos, y llevándola en una nao de las que partían para la India, de camino la dexaron en ella junto a la ribera, y cerca de donde parecía un monte grande y espesso, que tomava gran cantidad de tierra. La pobre muger, como se vio sola y desamparada, y sin esperança de poder sustentar la vida, començó a dar grandísimas voces, encomendándose a Dios y a Nuestra Señora, que en aquella soledad y necessidad la socorriessen; y estando en estas lamentaciones, salieron muy gran cantidad de ximios de la espessura de aquel monte, los quales la cercaron alderredor, no sin ponerle pequeño temor y espanto. Venía entre éstos ximios uno mayor que todos, y tanto que, puesto en los pies y endereçando el cuerpo, era tan grande como un hombre. Éste, viendo llorar la muger, y que con el gran miedo que tenía estava esperando la muerte, la qual tenía por muy cierta, se fue para ella y le començó a hazer caricias y halagos, y a darle frutas silvestres y rayzes, de manera que la puso en esperança de que los ximios no le harían daño alguno; y assí se fue con ellos hasta el monte, donde el ximio mayor la metió en

³⁷ *Ibid.*, p. 709. En glosa al margen : “Burlas de un trasgo en la ciudad de Salamanca”.

una cueva, y allí acudían todos los otros, proveyéndola de los mantenimientos que ellos usavan y tenían, de manera que ella podía bien entretenerse con ellos y con la agua de una fuente que allí muy cerca estava. Y así pasó algún tiempo, en el qual el ximio vino a aprovecharse della, teniendo sus ayuntamientos sin que ella fuesse parte para estorvárselo, porque temía de ser luego muerta, y de esta manera se hizo preñada y parió en dos vezes dos hijos, los quales, según ella dezía y afirmava, y aun según lo que después se entendió de los que los vieron, hablaban y tenían uso de razón.³⁸

La historia no podía tener un final más extravagante y, por tanto, más novelesco : después de que a la mujer la rescaten unos marineros y el padre simio ahogue a los dos niños_ monitos para obligarla inútilmente a volver, ésta termina en la cárcel y condenada a morir en la hoguera por haber permitido tan nefando ayuntamiento carnal. En el extremo opuesto, aunque bajo el mismo vínculo de lo admirable, está el fantástico relato sobre un galán de monjas que llega a presenciar su propio entierro, y en el que a Torquemada no se le ha reconocido suficientemente aún el haber sido tan buen precedente del *Don Juan Tenorio* . Sólo por su calidad lo transcribo completo :

Y de éstas es una que sucedió a un cavallero en nuestra España, que por ser en infamia y perjuizio suyo y de un monasterio de religiosas, no diré el nombre dél, ni tampoco del pueblo donde aconteció. Y fue que este cavallero, siendo muy rico y muy principal, tratava amores con una monja, la qual, para poderse ver con él, le dixo que hiziesse unas llaves conformes a las que tenían las puertas de la yglesia, y que ella también haría de manera que por un torno que havia para el servicio de la sacristía y otras cosas pudiesse salir donde ambos podrían cumplir sus ilícitos y abominables desseos. El cavallero, muy contento de lo que estava ordenado, hizo hazer dos llaves, una para una puerta que estava en un portal grande de la yglesia, y otra para la puerta de la mesma yglesia. Y porque el monasterio estava algo lexos del pueblo, él se fue al medio de una noche que hazía muy oscura en un cavallo, sin llevar ninguna compañía, porque su negocio fuesse más secreto; y dexado arrendado el cavallo en cierta parte conveniente, se fue al monasterio, y en abriendo la primera puerta, vio que la de la yglesia estava abierta, y que dentro havia muy gran claridad y resplandor de achas y velas encendidas, y que sonavan bozes como de personas que estavan cantando y haziendo el officio de un defuncto. Él se espantó, y se llegó a ver lo que era, y mirando a todas partes, vio la yglesia llena de frayles y clérigos, que eran los que estavan cantando aquellas obsequias, y en medio de sí tenían un túmulo muy alto cubierto de luto, y alrededor de él estava muy gran cantidad de cera que ardía; y assimesmo los frayles y clérigos y otras muchas personas que con ellos estavan tenían en las manos sus velas encendidas. Y de lo que mayor espanto rescibió fue de que no conocía a ninguno; y después de haver estado un buen rato mirando, llegóse cerca de uno de los clérigos, y preguntóle que quién era aquel defuncto por quien se hazían aquellas honras, y el clérigo le respondió que se havia muerto

³⁸ *Ibid.*, pp. 590-591. Al margen : "Cosa muy notable que acaesció a una muger de Portugal".

los mantenimientos que
nerse con ellos y con la
algún tiempo, en el qual
entos sin que ella fuesse
y de esta manera se hizo
ella dezía y afirmava, y
a, hablaban y tenían uso

ante y, por tanto, más
neros y el padre simio
a volver, ésta termina
permitido tan nefando
jo el mismo vínculo
le monjas que llega a
o se le ha reconocido
l *Don Juan Tenorio* .

en nuestra España, que
de religiosas, no diré el
fue que este cavallero,
na monja, la qual, para
formes a las que tenían
manera que por un torno
liesse salir donde ambos
vallero, muy contento de
na puerta que estava en
mesma yglesia. Y porque
medio de una noche que
añía, porque su negocio
cierta parte conveniente,
vio que la de la yglesia
y resplandor de achas y
as que estaban cantando
llegó a ver lo que era, y
clérigos, que eran los que
nían un tùmulo muy alto
dad de cera que ardía; y
as que con ellos estaban
mayor espanto rescibió fue
o un buen rato mirando,
quién era aquel defuncto
ndió que se había muerto

un cavallero que se llamaba... nombrando el mesmo nombre que él tenía, y que le
estavan haziendo el entierro. El cavallero se rió, respondiéndole: “Esse caballero
bivo es, y assí vos os engañáys”. El clérigo le tornó a dezir: “Más engañado estáys
vos, porque cierto él es muerto, y está aquí para sepultarse”, y con esto tornó a su
canto. El cavallero, muy confuso de lo que le había dicho, se llegó a otro, al qual
hizo la mesma pregunta, y le respondió lo mesmo, afirmándolo tan de veras que le
hizo quedar muy espantado. Y sin esperar más, se salió de la Iglesia, y cavalgando
en su cavallo se començó a bolver para su casa, y no uvo dado la buelta, quando
dos mastines muy grandes y muy negros le començaron a acompañar, uno de una
parte y otro de la otra, y por mucho que hizo y los amenazó con la espada, no
quisieron partirse dél, hasta que llegó a su puerta, adonde se apeó, y entró dentro.
Y saliendo sus criados y servidores, que le estavan esperando, se maravillaron de
verle venir tan demudado y la color tan perdida, entendiendo que le avía acaescido
alguna cosa, se lo preguntaron, persuadiéndole con grande instancia a que se lo
dixesse. El cavallero se lo fue contando todo particularmente, hasta entrar en
su cámara, donde acabando de dezir todo lo que abía passado, entraron los dos
mastines negros, y dando salto en él, le hicieron pedaços y le quitaron la vida, sin
que pudiesse ser socorrido; y assí salió verdad lo de las obsequias que en vida le
estavan haziendo.³⁹

¿Acaso alguien, después de esto, podría negarle a Torquemada un puesto
entre los mejores escritores de leyendas del Romanticismo? Bastaría cambiarle
las grafías a ese espléndido texto para que cualquiera así lo identificase.

Y de una muerte trágica en la ficción, a la suya propia...

Quando sus hijos, Luis de Torquemada y Jerónimo de los Ríos, ‘vecinos
de Benavente’, piden licencia para que se imprima el *Jardín*, debe de correr el
año de 1569, pues se imprime en Salamanca en el 70 y se le da ya por muerto,
a juzgar por cómo se expresa el delegado del rey :“...diciendo que el dicho
vuestro padre había hecho un libro intitulado Jardín de flores curiosas, y porque
era muy curioso, y en hacerlo había gastado mucho tiempo, nos suplicastes lo
mandásemos ver...”

Y es en este momento, después de todo lo reflexionado, cuando resultan
especialmente conmovedoras las palabras del último prólogo que escribiría en
su vida, y que fue con el que quiso poner su libro bajo el amparo del Obispo de
Astorga, a quien tal vez sirvió al final de sus días⁴⁰. Se inician con una famosa cita
de Hipócrates muy de su gusto, pues la repite en otras obras, para decir cosas que

³⁹ *Ibíd.*, pp. 684-686. Al margen : “Otro caso notable que sucedió a un cavallero en un monasterio de monjas”.

⁴⁰ La dedicatoria dice : “Al muy ilustre y reverendísimo señor don Diego Sarmiento de Sotomayor, Obispo de Astorga y **mi señor**”.

sin duda sentía muy íntimamente en el preludio de su muerte. Y son palabras que quiero dejar resonando porque creo que son de las más líricas que escribió :

La vida es breve y el arte es larga; el tiempo y la ocasión se pasan con gran ligereza; y la experiencia está llena de peligros y de engaños. Sentencia es ésta, muy ilustre y reverendísimo Señor, tan subida, tan delicada y profunda, que ninguno por muy larga escritura que hiciera pudiera acertar mejor a declarar lo que se puede sentir de la miseria de los moradores pasados de este mundo y de los que ahora somos y serán, en tanto que este miserable siglo durare. Y no sé yo quién es el que, teniendo algún sentido, no se pone a pensar muchas veces cuán a rienda suelta se les pasa el tiempo, con cuanta brevedad fenece la vida, y que cuando pensamos haber entendido algunas cosas de las del mundo, y comenzamos a caer en la cuenta de ellas, siendo lo menos o casi nada de lo mucho que se puede entender, nos acorta los pasos la celada de la acelerada muerte, que, aunque se tarde, viene siempre en la niñez del entendimiento.

Tal vez, además de un filósofo, un gran observador de costumbres (un gran sociólogo, en definitiva), y un magnífico cuentista y novelista, además de todo eso, bajo el eficaz escribiente que fue Antonio de Torquemada latió también un delicado poeta que sólo se atrevió a serlo en voz baja algunas veces. Nunca sabremos si al final de sus días, en plena conquista de una brillante prosa, volvió sobre los metros que un día probara en su *Coloquio pastoril*, en los tiempos en que aún ensayaba tímidamente el libre vuelo de su escritura.